

ARTÍCULOS

EN EL BANDO EQUIVOCADO. UNA APROXIMACIÓN AL PROCESO HISTÓRICO Y A LOS RELATOS DE LA HISTORIOGRAFÍA URUGUAYA SOBRE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA POPULAR EN MONTEVIDEO, 1806-1814.

Pablo Ferreira
Universidad de la República
pablo.ferreira2311@gmail.com

Resumen: El artículo reconstruye el ciclo político iniciado en Montevideo con las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y que cierra con la caída del gobierno español en 1814. Propone un análisis sobre las modalidades y espacios de participación política popular, al tiempo que se interroga por la composición de estas clases y su vínculo con las identidades políticas gestadas en el periodo. Por otra parte, propone una reflexión sobre las maneras en que fueron recuperadas por la historiografía uruguaya estas tradiciones de acción colectiva, desde mediados de siglo XIX. En tal sentido se advierte una doble exclusión de estos grupos por parte de la historiografía. Por un lado, su carácter plebeyo los hizo invisibles para una tradición académica que utilizó predominantemente fuentes elitistas. Por otro lado, el hecho de que estas clases hayan adherido a posiciones leales las dejó fuera de las memorias dominantes de la nación.

Palabras clave: Participación política, clases populares, Montevideo, tumultos, memorias, historiografía.

Title: ON THE WRONG SIDE. AN APPROACH TO THE HISTORICAL PROCESS AND THE STORIES OF THE URUGUAYAN HISTORIOGRAPHY ON POPULAR POLITICAL PARTICIPATION IN MONTEVIDEO, 1806-1814.

Abstract: The article rebuilds the political cycle that began in Montevideo with the English invasions of the Río de la Plata in 1806 and ended with the fall of the Spanish government in 1814. It offers an analysis of the modalities and spaces of popular political participation, while questioning the composition of these classes and their link with the political identities that were born in that period. At the same time, it proposes a thought on the ways in which these traditions of collective action were recovered by Uruguayan historiography, since the mid-nineteenth century. In this regard, there is a double exclusion of these groups by historiography. On one hand, their plebeian nature made them invisible to an academic tradition that used predominantly elitist sources. On the other hand, the fact that these classes have adhered to loyal positions left them out of the dominant memories of the nation.

Keywords: Political participation, popular classes, Montevideo, riots, memories, historiography.

Recibido: 18-06-2022

Aceptado: 17-08-2022

Cómo citar este artículo: FERREIRA, Pablo. En el bando equivocado. Una aproximación al proceso histórico y a los relatos de la historiografía uruguaya sobre la participación política popular en Montevideo, 1806-1814. *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* [en línea]. 2022, n. 29. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

1. Introducción

En las primeras décadas del siglo XIX la ciudad de Montevideo se encontraba en expansión, desarrollándose en torno a un activo puerto atlántico ubicado en el extremo sur del imperio español en América. El crecimiento demográfico, generado por la inmigración peninsular, el tráfico negrero y los desplazamientos de población desde el interior del virreinato del Río de la Plata, dio lugar al desarrollo de clases populares marcadas por diferencias ocupacionales, jurídicas y étnicas. Pese a lo anterior, el discurso de los notables locales integró a estos grupos con las denominaciones de “plebe”, “bajo pueblo”, “populacho”, “infelices” o “chusma”, entre otras expresiones que tuvieron un claro sentido peyorativo y denotaban la construcción ideológica en términos duales de la sociedad de Indias¹. Se trató de grupos sociales que no tenían un lugar específico para participar en la vida política colonial, pero que en la coyuntura de crisis, revolución y guerra, encontraron espacios para la expresión de sus demandas, fueron convocados o se hicieron presentes en el espacio público sin pedir permiso².

En la historiografía iberoamericana reciente se constata un renovado interés por las formas de participación política de las clases populares durante el período aquí abordado. Nuevos abordajes se preguntan por sus modalidades de participación, sus objetivos, sus relaciones con las élites y la forma en que la acción política fue moldeando sus identidades. Por otra parte, el campo contrarrevolucionario (realista, leal o fidelista) ha comenzado a ser trabajado de forma profusa y ha incorporado paulatinamente a los grupos populares como parte de su objeto³. Para el caso

¹ SERULNIKOV, Sergio. Crisis de una sociedad colonial, Identidades colectivas y representación política en la ciudad de Charcas (siglo XVIII). *Desarrollo Económico*. 2009, n. 148, p. 244.

² DI MEGLIO, Gabriel. La participación popular en las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1816. Un ensayo sobre sus rasgos y causas. En: SANTILLI, Daniel; GELMAN, Jorge y FRADKIN, Raúl (comps.). *Rebeldes con causa. Conflicto y movilización popular en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo, 2013, p. 53.

³ Entre los textos que ilustran el interés creciente por el campo contrarrevolucionario (universo vasto, complejo y diverso que incluye a los leales en Hispanoamérica y a los partidarios del absolutismo en España) han sido sugerentes los trabajos para el caso español de Jean Philippe Luis (La construcción inacabada de una cultura política realista. En: CABRERA, Miguel y PRO, Juan (eds.). *La creación de las culturas políticas modernas. 1808-1833*. Madrid: Marcial Pons Ediciones; Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 319-346), de Pedro Rújula (Las guerras civiles contrarrevolucionarias europeas en el siglo XIX. *Amnis* [en línea]. 2015, pp. 2-13. Disponible en <<https://journals.openedition.org/amnis/2454>>), de Álvaro Paris Martín (Los voluntarios realistas de Madrid. Politización popular y violencia contrarrevolucionaria (1823-1833). En: RÚJULA, Pedro y SOLANS, Ramón. *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios*. Granada: Comares, 2017, pp. 89-106); de Marcela Echeverri para Nueva Granada (ECHEVERRI, Marcela. *Esclavos e indígenas realistas en la Era de la Revolución. Reforma, revolución y realismo en los Andes septentrionales, 1780-1825*. Bogotá: Universidad de los Andes; Ediciones Uniandes; Banco de la República de Colombia, 2018; de Mariana Pérez sobre Buenos Aires (Un grupo caído en desgracia: los españoles europeos de Buenos Aires durante la Revolución de Mayo. *Entrepasados*. 2009, n. 35, pp. 109-127) y José Pérez Castellanos (¡Viva España y mueran los patricios! La Conspiración de Álzaga de 1812. *Americania, Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*. 2015, núm. especial, pp. 21-55); de Emir Reitano (El umbral de la tempestad la facción realista en el Río de la Plata y su disolución después de 1810. *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo*. 2011, n. 11, pp. 39-65), de Scarlett O’Phelan para Perú (Abascal y el fantasma de las conspiraciones. En: O’PHELAN, Scarlett y LOMNÉ, Georges (coords.). *Abascal y la contraindependencia de América del Sur*. Lima: Instituto Francés de

uruguayo existen importantes antecedentes en la temática de la participación política popular, aunque han predominado de forma notable, los trabajos referidos a los sectores rurales, en especial a aquellos que optaron por seguir al bando revolucionario⁴. Los enfoques sobre las clases populares urbanas han tomado como punto de partida el último tercio del siglo XIX, momento en que surgieron las primeras organizaciones de trabajadores que anticipan al sindicalismo moderno. Poner la mira en el período colonial tardío y en los primeros años de las guerras de independencia implica avanzar sobre una coyuntura donde la condición de asalariado era solo una posibilidad entre las clases populares⁵. Implica reivindicar el carácter plenamente político de acciones que se desarrollaron en un sector de la sociedad de integración plural e híbrida, analizando retazos de una cultura política de escritura endeble que se constituyó a partir del vínculo asimétrico con los grupos dominantes⁶.

El artículo aborda a las clases populares montevideanas haciendo foco en sus modalidades y espacios de participación política en los años finales del orden colonial. Esta etapa coincide con la crisis de la monarquía española y los inicios de la revolución y las guerras de independencia en el Río de la Plata. En ese periodo, Montevideo se convirtió en un bastión realista o leal, opuesto a los diversos gobiernos revolucionarios surgidos en Buenos Aires, la antigua capital virreinal. Por otra parte, a partir de 1811, un movimiento armado iniciado en las zonas rurales de la Banda Oriental del río Uruguay apoyó el proceso revolucionario, aunque al poco tiempo se vio enfrentado a la conducción política bonaerense.

Este particular alineamiento de fuerzas -ciudad leal a la regencia y partidos rurales afines a la revolución, pero enfrentadas a la conducción política bonaerense- tensó la construcción de las memorias posteriores, así como los relatos historiográficos que resultaron fundantes de la nacionalidad uruguaya. La lectura tradicionalista-nacionalista, elaborada por la historiografía durante las últimas

Estudios Andinos; Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013, pp. 121-147); y de Alfredo Ávila para el caso de Nueva España (Cuando se canonizó la rebelión. Conservadores y serviles en Nueva España. En: PANI, Erika (coord.) *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. Tomo I. México: FCE; Consejo Nacional para la cultura y las artes, 2009, pp. 43-85).

⁴ Véase BERAZA, Agustín. *El pueblo reunido y armado*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967; SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio y DE LA TORRE, Nelson. *Artigas y su revolución agraria. 1811-1820*. México: Siglo XXI, 1987 y FREGA, Ana. *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2007 y Los 'infelices' y el carácter popular de la revolución artiguista. En: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, pp. 51-176.

⁵ El uso de la categoría clases populares es problemático por los múltiples sentidos atribuidos en la época al término "pueblo". Pese a lo anterior, coincidimos con Gabriel Di Meglio (*¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1829)*. Buenos Aires: Prometeo, 2007, p.18) en las ventajas que esta categoría presenta frente a la de "sectores populares", en la medida que remite de forma más directa a la idea de diferenciación y al carácter subordinado de tales grupos. Se utilizará también de forma indistinta los términos de época, "plebe/plebeyos" o "bajo pueblo".

⁶ IZQUIERDO MARÍN, Jesús. La política como controversia: crisis constitucional y respuesta subalterna en los albores del liberalismo. En: CABRERA, Miguel y PRO, Juan (eds.). *La creación de las culturas políticas modernas. 1808-1833*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia; Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, p. 252.

décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, en momentos en que se modernizaba y afirmaba el Estado uruguayo, incorporó la historia de la ciudad y sus primeras experiencias de gobierno autónomo como hitos en la progresiva construcción de una identidad nacional y como momentos de diferenciación respecto a la capital del virreinato platense⁷. Sin embargo, la centralidad del movimiento iniciado en la campaña en 1811 bajo el liderazgo de José Artigas (llevado posteriormente al lugar de héroe del Uruguay) ubicó a los habitantes de Montevideo y a sus autoridades, en el lugar de enemigos del proceso independentista. Las clases populares montevidéanas, por tanto, fueron omitidas del relato histórico de corte nacionalista por dos razones: por un lado, su condición plebeya las hacía invisibles en las fuentes en las que trabajó una historiografía claramente elitista, y, por otro, su ubicación política las colocó enfrentadas al relato heroico de la nación. Corrientes historiográficas posteriores y discrepantes, como el revisionismo histórico o la historiografía de interpretación marxista, mantuvieron y profundizaron esa exclusión en la medida que dieron una absoluta centralidad en el proceso de cambios a la experiencia revolucionaria artiguista⁸.

En tal sentido, el artículo analizará las experiencias de movilización política generadas en el período, así como sus formas y espacios característicos, al tiempo que las contrastará con los relatos generados por la historiografía uruguaya. Apelará a un amplio conjunto de fuentes entre las que destacamos papelería oficial, correspondencia particular, memorias y apuntes históricos contemporáneos a los hechos, así como también distintos textos historiográficos que serán tomados como fuente de análisis.

2. Las clases populares en Montevideo

La ciudad de Montevideo fue fundada en 1730 con el objetivo de establecer un bastión defensivo en una zona de frontera con las posesiones portuguesas y los

⁷ Referimos en este trabajo, bajo el término de historiografía tradicionalista-nacionalista a un conjunto de autores cuyas obras cubren las últimas décadas del siglo XIX y los primeros sesenta años del siglo XX, aproximadamente. Los une una común concepción de la nación como entidad pre-existente a la formación del Estado y como principal variable explicativa de las lógicas del proceso histórico en la etapa de la revolución y las guerras de independencia. Una aproximación a esta tradición interpretativa en REAL DE AZÚA, Carlos. *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca Editorial; Ediciones del Nuevo Mundo, 1991; DEMASI, Carlos. *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay (1920-1930)*. Montevideo: Trilce, 2004; RILLA, José. *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate, 2008.

⁸ Al referir al revisionismo hacemos alusión a una vasta y diversa corriente historiográfica surgida en Argentina en los años treinta y cuarenta del siglo XX como respuesta a la historia liberal, de base "mitrista", hasta entonces dominante en el país. En Uruguay, algunos de sus planteos son incorporados en la historiografía de los años cincuenta y sesenta en autores como Washington Reyes Abadie, Oscar Bruscherá y Tabaré Melogno (*El ciclo artiguista*. Montevideo: Margarita Silberberg, 1972. 2 tomos), Roberto Ares Pons (*Uruguay ¿provincia o nación?* Buenos Aires: Ediciones del Nuevo Mundo, 1967) o Carlos Machado (*Historia de los Orientales*. Montevideo: EBO, 1984. 3 tomos). Entre los rasgos comunes de estos trabajos está el rol preponderante otorgado a ciertas figuras a las que se atribuye un liderazgo popular opuesto al elitista, el papel central de la dicotomía oligarquía-pueblo y el rol asignado a los "imperialismos" en la explicación del proceso histórico. Una mirada general sobre el tema en QUATROCHI-WOISSON, Diana. *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1995 y ESPECHE, Ximena. *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*. Buenos Aires: UNQ, 2016.

grupos amerindios. Su población inicial, proveniente de Buenos Aires y las islas Canarias, dio origen a una sociedad poco jerarquizada y diferenciada. Una ciudad de labriegos, militares, artesanos y comerciantes de pequeña escala que se iría complejizando en las décadas siguientes.

Las reformas borbónicas y el incremento del comercio atlántico generaron un rápido desarrollo de la ciudad. El crecimiento demográfico fue importante, multiplicándose por siete la población entre 1769 y 1810⁹. En 1805 la población rondaba los 15.000 habitantes, entre los que se contaba un alto porcentaje de esclavizados (cerca de un 40%) y un número importante de emigrados recientes provenientes de la península Ibérica y en menor número, de las zonas noroccidentales del virreinato¹⁰. La incorporación masiva de mano de obra esclavizada y el crecimiento de la economía platense parecen haber sido una amenaza para la vida de los grupos plebeyos más tradicionales, que debieron adaptarse a un mercado de trabajo dinámico y en expansión¹¹.

El conocimiento sobre las condiciones materiales de existencia de estos sectores es incipiente. Las historiadoras María Inés Moraes y Florencia Thul (2016) han avanzado en el estudio de la evolución de precios y salarios entre 1760 y 1810, mostrando una tendencia a la estabilidad en el costo de los alimentos en el largo plazo (aunque identificando el inicio de una fase alcista a partir de 1790) y una tendencia sostenida al crecimiento del valor nominal de los salarios que se explica por la falta crónica de mano de obra¹². Por otra parte, tomando por base padrones de población elaborados en la etapa luso-brasileña (uno de 1819 y otro de 1823) un equipo coordinado por la historiadora Ana Frega, avanzó en la caracterización socio-demográfica de las clases populares montevidéanas y su ubicación espacial en la ciudad¹³. La investigación confirmó la importancia numérica de la población esclavizada que llegaba a superar el cincuenta por ciento del total de residentes en muchas manzanas de la ciudad. Sus ocupaciones eran variadas, combinándose el servicio doméstico con la realización de actividades fuera del hogar, tanto en la manufactura como en el comercio. En ocasiones se desempeñaban bajo la supervisión de sus amos, pero también, en muchos casos, vendían su fuerza de trabajo como jornaleros, o practicando el comercio al menudeo a partir de distintas modalidades de arreglos con sus amos. En lo que respecta al trabajo libre, los padrones permiten una aproximación a las actividades más comunes en la ciudad, las que no escapaban a las características de una sociedad de Antiguo Régimen. Es

⁹ BENTANCUR, Arturo. *El puerto colonial de Montevideo. Tomo 1: Guerras y apertura comercial. Tres lustros de crecimiento económico (1791-1806) y Tomo 2: Los años de la crisis (1807-1814)*. Montevideo: FHCE, 1997, p.111.

¹⁰ POLLERO, Raquel. *Historia demográfica de Montevideo y su campaña (1757-1860)* [tesis de doctorado]. Montevideo: Universidad de la República, 2013, p. 241.

¹¹ Un proceso análogo ha sido estudiado para el caso bonaerense por JOHNSON, Lyman. *Los talleres de la revolución. La Buenos Aires plebeya y el mundo del Atlántico. 1776-1810*. Buenos Aires: Prometeo, 2013, pp. 77-78.

¹² MORAES, María Inés y THUL, Florencia. Salarios reales y niveles de bienestar en Montevideo Colonial, 1760-1810. En: *V^{as} Jornadas Académicas Facultad de Ciencias Económicas y de Administración*. Montevideo: Universidad de la República, 2016.

¹³ CUADRO, Inés. La población montevidéana en números según los padrones de 1819 y 1823: un ejercicio de aproximación. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: élites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC, 2018, pp. 127-136.

decir, un mundo de artesanos que se iban proletarizando, vendedores ambulantes y jornaleros que buscaban día a día una ocupación que les asegurara la subsistencia.

Uno de los problemas centrales que hacían a la vida cotidiana de las clases populares montevidéanas era el de la vivienda. En la medida que la población crecía y la ciudad no podía expandirse más allá de las murallas, la relación entre espacio disponible y habitantes se redujo, generándose una puja por los lugares para nuevas viviendas. Si bien durante el periodo la zona de extramuros vivió un proceso de progresiva urbanización, este no fue continuo. Las guerras y los sitios obligaban a derribar las viviendas construidas fuera de las murallas y a que la población se desplazara, unos ingresando a la ciudad sitiada y otros pasando al campo sitiador. Por otra parte, el ingreso de emigrados de las zonas rurales u otras ciudades de la región, así como el arribo de tropas, generaban fluctuaciones en los totales de población, lo que repercutía sobre las posibilidades de acceso a la vivienda de las clases populares. La falta de espacios para la construcción incrementaba los valores de los alquileres y generaba dificultades para el alojamiento de los sectores de menores ingresos. Los padrones ilustran sobre la existencia de agrupamientos familiares múltiples en una misma vivienda, así como una tendencia al alojamiento de varones solos compartiendo habitación. La subdivisión de viviendas para el arrendamiento fue otra forma extendida de incrementar los alojamientos disponibles. En ese sentido, las fuentes judiciales son ricas en el registro de situaciones conflictivas ligadas al hacinamiento, a la experiencia de vivir mucha gente en espacios reducidos.

La vida social de las clases populares se desarrollaba fundamentalmente en las calles, en el tránsito por un conjunto de espacios de encuentro donde transcurría una vida pública que articulaba el trabajo, la alimentación, el juego, el intercambio de información y la discusión de los asuntos comunes. Los espacios de sociabilidad como mercados, plazas o pulperías fueron punto de difusión de ideas y lugares de acciones colectivas. Se constituyeron en “redes de inteligencia”, lugares donde se obtenía información respecto a posibilidades laborales, acceso a bienes diversos, así como noticias políticas de escala local, regional o mundial. Eran también espacios de enunciación de una cultura política que se basaba en la controversia pública¹⁴.

La plaza principal de la ciudad era la Matriz, a la que daban el cabildo, la iglesia principal, la recova (punto de venta de carne y pan al público) y donde se formaba el mercado de verduras. El tránsito de personas era importante, las conversaciones habituales y la presencia del cabildo hacía de la plaza una antesala donde se juntaban los interesados en lo que allí se discutía o quienes venían a manifestar sus necesidades. Había también casi un centenar de pulperías registradas si incluimos las ubicadas en extramuros. Eran punto de encuentro cotidiano de los sectores plebeyos, lugar de compras y espacio de tertulias que acompañaban la ingesta de bebidas alcohólicas.

El discurso de las élites letradas solía hacer referencia a los “corrillos”, “hablillas” o rumores que circulaban en estos espacios. Estos términos denotan una

¹⁴ JOHNSON, Lyman. *Los talleres...* Op. cit., p. 121; IZQUIERDO MARIN, Jesús. *La política como controversia...* Op. cit., p. 263.

construcción discursiva que minimizaba el valor de los intercambios que se generaban entre las clases populares, distinguiéndolos de la opinión pública, en principio racional e ilustrada, que se producía entre las élites. Pese a ello, los límites entre ambos mundos fueron porosos y también las élites se valieron de rumores para impulsar sus posiciones.

La participación política de las clases populares se asentó sobre la realidad material y las prácticas sociales antes esbozadas. La ocupación del espacio público por estos sectores no fue un fenómeno nuevo, aunque la coyuntura de revolución y guerra la dotó de sentidos distintos a los tradicionales. La violencia, componente central de la cotidianidad de las clases populares, asumió en estos años sentidos y lógicas diferentes. En un contexto de guerra, crisis de poder y pérdida de un conjunto de certezas que marcaban la vida cotidiana, las clases populares adquirieron un protagonismo político inédito. La coyuntura generó oportunidades para la movilización popular y estableció nuevas coordenadas para lo político.

Esta politización plebeya generó la preocupación de las élites urbanas en la primera década del siglo XIX. Estas buscaron controlar a las clases populares a través de diversos procedimientos: bandos y disposiciones sobre orden interno, nueva distribución de roles entre las autoridades, controles y prohibiciones as reuniones, especialmente de negros libres y esclavizados. Este renovado “temor a la plebe” obedeció a causas de escala global junto a otras locales. La conmoción indígena y plebeya en el mundo andino, el impacto de las ideas de la revolución francesa, la revolución haitiana, la “conspiración francesa” en Buenos Aires en 1795-1796, entre otros procesos del período, parecen haber incidido en una renovada preocupación por lo que sucedía entre las clases populares. Asimismo, los temores elitistas estuvieron vinculados a procesos de escala local como el crecimiento poblacional, la presión sobre el espacio urbano disponible y el arribo de esclavizados, factores que sometieron el equilibrio colonial a situaciones de aguda tensión.

3. Lugares y formas de participación política

Una de las premisas de que partimos es la que las clases populares montevideanas vivieron un intenso proceso de activación política en el período y que ésta se dio en clave contrarrevolucionaria. Esto no fue fruto de la manipulación, ni de la obediencia acrítica a las autoridades, sino que fue parte de un proceso de incorporación de símbolos, valores, ideas y experiencias generadas en la lucha. Tampoco fue unánime y convivió con una adhesión soterrada y clandestina de sectores minoritarios dentro de la ciudad con el proyecto revolucionario en su vertiente más radical, ligado al liderazgo de José Artigas.

¿Por qué adhirieron mayoritariamente las clases populares a la defensa de un orden que parecería reservarles un lugar subordinado? En primer lugar, los hechos iniciados en 1806 con las invasiones inglesas al Río de la Plata, abrieron un tiempo de incertidumbres que desafió principios comunitarios, relaciones sociales y costumbres que, si bien subordinaban, otorgaban marcos de protección a las clases populares. Asimismo, generaron oportunidades inéditas de movilización política que les otorgaron un renovado poder (material y simbólico) en la sociedad. Al mismo

tiempo, la “dinámica de los hechos” generó narrativas que se fueron reafirmando en el período y contribuyeron a la formación de identidades. La resistencia a los ingleses, la disputa a partir de 1808 con las autoridades de Buenos Aires o la defensa de la ciudad durante los dos sitios padecidos, generaron una identidad que trasvasó grupos sociales¹⁵. Los “vivas” y “muera”, las expulsiones de enemigos de la ciudad, el porte de armas legitimado por las autoridades, la camaradería en los agrupamientos políticos o las milicias, fueron poderosos factores de construcción de identidades. Por otro lado, la formulación del enemigo parece haber sido mucho más compleja de lo que suele sugerirse. El discurso contrarrevolucionario tenía una doble virtud a efectos de la movilización: por un lado, concedía un papel protagónico a las clases populares, y, por otro, identificaba “al enemigo como otro radicalmente diferente con el que no era posible llegar a un acuerdo”¹⁶. El “insurgente” fue una construcción poliédrica que representó no solo al enemigo político sino también a grupos de la sociedad que generaban intuitivos rechazos dentro del mundo plebeyo.

En ese sentido, la participación política plebeya se dio bajo diversas modalidades y ocupando distintos espacios. Repasaremos seguidamente algunos de estos últimos.

3.1. Ganar la calle

Entre 1806 y 1810 Montevideo vivió un ciclo de episodios políticos de carácter tumultuario que contaron con una importante participación de las clases populares¹⁷. Testigos de estos hechos como el sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga y el comerciante José Raimundo Guerra señalaron en sus “apuntes históricos” que un “contagio de insubordinación rasgó el velo político”¹⁸. Se trató de acciones que no tuvieron como horizonte un desafío a la subordinación a la corona, pero que pusieron en cuestión la legitimidad de las autoridades inmediatas, generaron temores entre las élites y contribuyeron a renovar los espacios y las formas de hacer política. De forma pragmática fueron utilizados recursos tradicionales y novedosos en un tiempo de incertidumbres y caminos abiertos.

Un primer mojón de este ciclo estuvo ligado a las invasiones inglesas al Río de la Plata entre 1806 y 1807¹⁹. Entre fines de junio y los primeros días de agosto de

¹⁵ La ciudad fue sitiada por fuerzas revolucionarias en dos ocasiones, durante los meses de mayo a setiembre de 1811 y entre octubre de 1812 y junio de 1814.

¹⁶ RÚJULA, Pedro. Zaragoza (1808-1809). El mito de la resistencia popular. En: BUTRÓN, Gonzalo y RÚJULA, Pedro (eds.). *Los sitios en la Guerra de la independencia: la lucha en las ciudades*. Madrid: UCA; Silex, 2012, p. 21.

¹⁷ La categoría de “ciclo tumultuario” la tomamos del trabajo del historiador argentino Raúl Fradkin y su estudio sobre Buenos Aires en el mismo período. Véase FRADKIN, Raúl. *Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): un ejercicio de exploración*. En: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, pp. 28-30.

¹⁸ LARRAÑAGA, Dámaso Antonio y GUERRA, José Raymundo. Apuntes históricos sobre el descubrimiento y población de la Banda Oriental del Río de la Plata y las ciudades de Montevideo, Maldonado, Colonia, etc. *Revista Histórica*. 1914, n. VII, p. 90.

¹⁹ Sobre las invasiones inglesas al Río de la Plata véase especialmente: HALPERIN DONGHI, Tulio. *Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815*. En: HALPERIN DONGHI, Tulio (coord.). *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana, 1978, pp. 121-158;

1806 las fuerzas británicas tuvieron Buenos Aires bajo su control, ocupando Montevideo entre febrero y setiembre de 1807. La circulación de noticias y el debate en ambas orillas sobre las infructuosas acciones militares desplegadas por las autoridades bonaerenses se deslizó de forma capilar por los espacios de encuentro de la ciudad, generando una puesta en discusión de la capacidad de mando de las jerarquías virreinales. La movilización política se vio incrementada por la masiva formación de contingentes en armas para organizar la reconquista de la capital.

En sus “acuerdos” del 11 de julio de 1806 el Cabildo montevideano decidió dirigir un oficio al gobernador instándolo a no demorar la salida de la expedición de reconquista a Buenos Aires ya que le resultaba difícil “resistir la demanda del pueblo”²⁰. Habían circulado rumores de que las autoridades iban a suspender la expedición a Buenos Aires, generándose una serie de acciones tumultuarias que tuvieron lugar en las cercanías del cabildo y la gobernación. El sacerdote José Manuel Pérez Castellano señaló en unas crónicas escritas de forma contemporánea a los hechos la presencia plebeya en el espacio público y destacó que “fue tanto el furor [de quienes iban a salir a la reconquista] que rugían como leones, y muchos casi frenéticos de ira se arrancaron y pisotearon las cucardas que se les habían dado”²¹. La calma sólo se habría restablecido cuando se aseguró por las autoridades que la expedición salía al día siguiente.

A mediados de agosto de 1806 Buenos Aires fue recuperada por la expedición organizada desde Montevideo. El virrey Rafael de Sobremonte, acusado de no haber defendido adecuadamente la ciudad, no pudo reasumir el cargo y se dirigió a Montevideo, siendo acompañado por el clima de opinión negativo formado en la capital virreinal. Según una relación anónima escrita años después, en su primer paseo público en compañía del gobernador y de un oidor de la Real Audiencia, habría sido seguido por grupos de “muchachos” que le gritaban “¡abajo los traidores!”, “muera el traidor” y agredido con piedras desde algunas ventanas al paso de su carroza²².

A comienzos de 1807 la situación se tornó insostenible en Montevideo debido al avance de las fuerzas inglesas que lograron desembarcar en las cercanías de la ciudad y ponerle sitio. Al interior de las murallas la tensión llegaba a límites extremos, cuestionándose los errores defensivos de las autoridades. A fines del mes de enero circularon rumores de que los integrantes del Cabildo y algunos comerciantes procuraban acordar con el enemigo una capitulación. Según un oficio dirigido por los cabildantes al gobernador, “la mayor parte de la gente se excitó contra los inocentes procedimientos del cabildo” y llegaron al extremo de tomar las

GALLO, Klaus. *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2004; BENTANCUR, Arturo. *El puerto colonial...* Op. cit. y LUZURIAGA, Juan Carlos. *La reconquista de Buenos Aires. El cenit de Montevideo colonial*. Montevideo: Planeta, 2017.

²⁰ ARCHIVO GENERAL de la NACIÓN. *Revista del Archivo General Administrativo o Colección de documentos para servir al estudio de la Historia de la República Oriental del Uruguay* (en adelante RAGA). Tomo 6, Montevideo: Imprenta Dornaleche Hnos., 1917, p. 306.

²¹ PÉREZ CASTELLANOS, José. *Selección de escritos, Crónicas Históricas 1787- 1814*. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968.

²² BAUZÁ, Francisco. *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Tomo I. Montevideo: Palacio del Libro, 1929, p. 408.

armas “para matar a todos los Capitulares”. Según el oficio, “ningún capitular ha[bía] osado salir a la calle” durante varias horas y “para desvanecer el concepto que se ha[bía]n formado” se fijaron carteles dando noticias de que el capitán general Santiago Liniers venía desde Buenos Aires con tropas de refuerzo. El oficio solicitaba al gobernador una guardia permanente, que se impidieran las “juntas arriba de tres hombres” y que se averiguara quiénes eran los instigadores para aplicarles un castigo “ejemplar” que evitara “una completa sublevación del Pueblo”. Indicaban que se estaba a “punto de (una) insubordinación” generalizada y señalaban el temor a que se dieran saqueos si los grupos plebeyos no tenían “los víveres que necesita[ba]n”²³. Por esos días aparecía a la vista del público un pasquín que denunciaba y amenazaba a los “patriotas simulados” que estaban negociando la capitulación de la ciudad. Asimismo, proponía el “secuestro y reparto” entre los “verdaderos españoles” de los bienes de un grupo de comerciantes que había huido de la ciudad²⁴.

Estos últimos episodios, acaecidos en medio del dramatismo de la coyuntura bélica, ilustran la tensión imperante. Muestran la apelación a la participación plebeya para dirimir las disputas de las élites, pero también cómo estos grupos leyeron e interpretaron lo que estaba sucediendo y cómo su participación y obediencia debía ser negociada. No era una irrupción en el espacio público que desafiara las bases del orden vigente pero sí, en varios casos, a las autoridades inmediatas y sus decisiones. Analizando la disputa política desde sus valores y experiencias cotidianas, que situaban al honor y la valentía en un lugar de primer orden, consideraron la idea de una rendición sin pelear como algo deleznable, que sólo podía tener origen en los intereses de algunos ricos comerciantes preocupados por salvar sus intereses. Es posible también que el accionar de las clases populares estuviera ligado a cierto patriotismo español, asociado a la tradición guerrera y transmitido a través de los relatos orales.

Un segundo momento en este ciclo de experiencias tumultuarias se ubica entre los meses de agosto y setiembre de 1808. La ciudad se había visto convulsionada por las noticias sobre la crisis de la monarquía y las abdicaciones de Bayona; las informaciones contradictorias generaban incertidumbre y no podían ser contenidas a nivel de los grupos de notables, difundiéndose al conjunto de la sociedad. La tensión política se agravó el 20 de setiembre con la llegada del capitán Juan Ángel de Michelena, designado gobernador en sustitución de Francisco Javier Elío²⁵. El mes anterior había estado marcado por un fuerte debate donde se ponía en entredicho la fidelidad del virrey Liniers, de origen francés, residente en Buenos Aires. Las fuentes consultadas permiten apreciar cómo la discusión no se circunscribió a los vecinos distinguidos, sino que se esparció, a través de los espacios de sociabilidad de la ciudad, entre los grupos plebeyos. Según las actas del Cabildo, al saber de la designación del nuevo gobernador la población “se había tumultuado y conmovido

²³ “Borrador de un oficio del Cabildo al Gobernador Militar, 27 de enero de 1807”. Archivo General de la Nación (AGN), Fondo ex Archivo General Administrativo (AGA), caja 314, carpeta 1, f. 15.

²⁴ AGN- AGA, caja 447, carpeta 1, sin foliar.

²⁵ Sobre esta coyuntura véase FREGA, Ana. La Junta de Montevideo de 1808. En: CHUST, Manuel (coord.). *1808. La eclosión juntera en el mundo hispánico*. México: El Colegio de México; FCE, 2007, pp. 242-268 y FERREIRA, Pablo. La guerra de independencia española, los empecinados y el Montevideo leal, 1808-1814. *Pasado Abierto*. 2016, n. 4, pp. 41-60.

como lo daban a entender la concurrencia, algaraza, y otras demostraciones que dejaban sentir a las Puertas y ventanas de la Casa Consistorial”²⁶.

A la noche, un complejo episodio tumultuario impidió que Michelena se hiciera con el mando y propició la instalación de una Junta de gobierno. Según diversos relatos de los hechos vertidos por marinos presentes en Montevideo ante la Real Audiencia de Buenos Aires en un expediente iniciado semanas después, a las diez de la noche se había congregado un número importante de personas en torno a la plaza principal, haciendo “bulla”²⁷. El conjunto de “sediciosos” estaba integrado por milicianos que se hacían notar por la presencia de sus músicos, así como muchos “vecinos blancos de la clase mas ínfima [junto a] unos cuantos esclavos”. En medio de los “alborotadores” diversos testigos identificaron al sargento mayor de la ciudad Diego Ponce de León y al ayudante de plaza Matías Larraya “con algún que otro vecino de carácter”. Los músicos tocaban “paso de ataque” y muchos de los participantes llevaban antorchas²⁸. El “tumulto” se dirigió al Fuerte, residencia del Gobernador, y desde allí a la casa del administrador de aduanas José Prego de Oliver, donde había sido alojado Michelena. En un documento elaborado tiempo después, Prego señaló las gestiones de varios oficiales de milicias para proteger a Michelena. En dos oportunidades le pidieron que se retirara con ellos señalando que les costaba “inmenso trabajo contener al pueblo” y que “corría peligro su vida”. Si nos atenemos al testimonio del teniente Manuel de la Iglesia, en las inmediaciones de la residencia de Prego había “más de cuarenta a cincuenta hombres del bajo pueblo” que en sus conversaciones “trataban de matar a Michelena”²⁹. Finalmente, éste aceptó retirarse protegido por los oficiales³⁰.

Otro episodio de carácter tumultuario tuvo lugar pocos días después. El Cabildo había ordenado iluminar la ciudad ante el onomástico de Fernando VII y, para sorpresa de muchos, la iglesia Matriz no hizo repicar las campanas al tiempo que la casa del cura vicario permanecía con todas sus luces apagadas. Este último, llamado Juan José Ortiz, ocupaba el cargo desde 1783 y venía teniendo diversos conflictos con los integrantes del Cabildo y con el gobernador Elío³¹. Al instalarse la junta, Ortiz se había retirado a la campaña alegando problemas de salud y había solicitado autorización para trasladarse a Buenos Aires. El gobernador denegó el pedido, expresando que su salida no convenía “al mejor servicio del Rey y de

²⁶ Acuerdos del 20 de setiembre de 1808. En *RAGA* Tomo 9. Montevideo: Imprenta Dornaleche Hnos., 1919, pp. 149-150.

²⁷ Este expediente se formó en octubre de 1808 tomando como principales testigos de los hechos a los integrantes de la Armada que no reconocieron a la junta montevideana y fueron expulsados hacia Buenos Aires. Se encuentra édito en forma íntegra en PIVEL DEVOTO, Juan E. (comp.). *La Junta Montevideana de 1808. Revista Histórica*. 1962, n. XXXIII, pp. 371-902.

²⁸ PIVEL DEVOTO, Juan E. (comp.). *La junta montevideana...* Op. cit., p. 532.

²⁹ “Declaración del Teniente de Navío don Manuel de la Iglesia ante la Real Audiencia de Buenos Aires, 29 de noviembre de 1808”. En: PIVEL DEVOTO, Juan E. *La junta montevideana...* Op. cit., p. 543.

³⁰ GARCÍA, Flavio. *Secuelas documentadas de la Junta Montevideana de 1808. Boletín Histórico*. 1956, n. 70, pp. 63-64.

³¹ Véase GONZÁLEZ DEMURO, Wilson. *Iglesia y crisis monárquica en el Río de la Plata al finalizar la época colonial. Un caso: Montevideo y su cura vicario, Juan José Ortiz (1783-1815). Anuarios de Estudios Americanos*. 2005, n. 62, p. 172.

Dios”³². Apoyado por el obispo de Buenos Aires Benito Lue y Riega, Ortíz no reconoció a la Junta, a diferencia de lo que hicieron otros sacerdotes de la ciudad.

El síndico procurador, José Manuel de Ortega, en un informe posterior a los hechos, señaló que Ortíz en la noche del 13 de octubre no iluminó su casa particular ni la iglesia Matriz, generando la “indignación” del pueblo. Esa noche, “un considerable grupo de hombres” se juntó frente a la iglesia y comenzó a dar “recios golpes y fuertes empujones a la puerta” que conducía al campanario. Hubo un intento de mediación por parte del comerciante Manuel García, quien le pidió a Ortíz las llaves del campanario, señalando que si no lo hacía no podría evitar que los que se habían congregado echasen la puerta abajo. Ortíz se negó a entregarlas alegando que “le parecía que el pueblo estaba levantado” y que lo correcto era que cada uno “cuidase su casa”. Finalmente, fue forzada la puerta y fueron tocadas las campanas ante la euforia de los que se ubicaban abajo³³.

En los primeros meses de 1810, las noticias de la disolución de la Junta Central y Gubernativa del Reino, la formación del Consejo de Regencia y la instalación de una junta de gobierno en Buenos Aires, generaron un nuevo momento de irrupción política de las clases populares. El 1º de junio, un cabildo abierto reunido para tomar posición ante la formación de la junta porteña, debió ser guarnecida por cuarenta soldados ante la presencia de público y el temor a la generación de disturbios. Mientras se discutía, en las afueras continuaban “las vivas, repiques, salvas y borracheras” que tenían como protagonistas a los grupos plebeyos, según el registro del sacerdote Bartolomé Muñoz³⁴. Pocos días después, un nuevo cabildo abierto recibió a Juan José Paso, secretario de la junta de Buenos Aires, quien procuraba su reconocimiento y el envío de diputados. Dos testigos de los hechos, Dámaso Antonio Larrañaga y José Raymundo Guerra, en sus “apuntes históricos” ya referidos, señalaron que el diputado se retiró “ofendido de las maneras bruscas de algunos hombres ignorantes” que “atravesaban” los discursos y “hacían ruidos”³⁵. El cabildo abierto mantuvo la posición de no acatar a la Junta mientras no reconociese a la Regencia y Paso abandonó la ciudad, intimado por algunos jefes militares, que no le dieron seguridad de contener a los grupos plebeyos. Nuevamente, la amenaza que generaba la presión popular limitaba los márgenes de maniobra y de negociación que solían explorar las élites en casos similares.

En síntesis, los grupos plebeyos tuvieron una activa participación política que se dio en las calles y bajo el formato de la acción tumultuaria, un tipo de movilización que no era exclusiva de estas clases, pero a la cual podían ser convocadas o sumarse sin pedir permiso. Un tipo de movilización que podía surgir para canalizar

³² Comunicación del gobernador de Montevideo Francisco Javier de Elío con el cura vicario de Montevideo, Montevideo, 29 de setiembre de 1808. En GONZÁLEZ DEMURO, Wilson. La participación política del clero rioplatense a fines del período colonial. El conflicto entre la Junta de Montevideo (1808-1809) y el párroco de la ciudad. *Fronteras de la Historia*. 2016, vol. 21, pp. 5-6.

³³ Informe del Regidor Alguacil Perpetuo José Manuel de Ortega al Cabildo de Montevideo, 14 de diciembre 1808. En PIVEL DEVOTO, Juan E. La junta montevideana... Op. cit., pp. 793 -795.

³⁴ MUÑOZ, Bartolomé. Diario 2º desde la salida de los Ingleses, año de 1807. En: COMISIÓN NACIONAL ARCHIVO ARTIGAS [en adelante CNAA]. *Archivo Artigas*, t. XIII. Montevideo: Monteverde, 1975, p. 220.

³⁵ LARRAÑAGA, Dámaso Antonio y GUERRA, José Raimundo. Apuntes históricos... Op. cit., p. 100.

demandas puntuales pero que también puede ser leída en el marco de las grandes disputas políticas del periodo. En una formación cultural que concebía al cuerpo político en clave unitaria, esta irrupción se dio apelando a la unidad de la ciudad, a la lucha contra un enemigo común.

3.2. Partidos

La vida política del periodo estuvo marcada por una tensión constitutiva, surgida del choque entre una concepción unitaria del cuerpo social (en el que no se admitía la existencia de intereses divergentes) y la necesidad de grupos específicos de organizarse para hacer valer sus posturas, demandas y opiniones. Esta tensión marcó la política en el campo de los grupos de notables y se trasladó a las clases populares.

A partir de 1808 la referencia a grupos de opinión, agentes o partidos se hizo más frecuente en la región. Ello se ligó a la incertidumbre imperante a partir de la crisis de la monarquía y a las diferencias surgidas entre las autoridades en el virreinato. Las notabilidades hispano-criollas sintieron la necesidad de congregarse, interactuar y articularse en aras de tomar posición. Todo en un marco donde predominaron redes existentes, ligadas a los vínculos familiares, las relaciones comerciales u otros lazos de dependencia personal. Algunos de estos grupos son referidos en las fuentes, tal el caso del “partido” afín a la regencia de la Princesa Carlota Joaquina de Borbón, o las “sociedades de americanos” que trabajaron de forma secreta para que Montevideo reconociera a la junta de Buenos Aires en 1810. Sin embargo, se trató de experiencias elitistas, de grupos clandestinos formados por un número reducido de personas que buscaban generar cambios a partir de redes de notables y su cercanía al poder.

Sin embargo, la experiencia de agrupamiento político más original en esta etapa no estuvo entre los revolucionarios, sino dentro del bando leal, a partir de la peripecia del “partido empecinado”. Se trató, además, del agrupamiento político que con mayor énfasis parece haber buscado movilizar a las clases populares, convocándolas al espacio público y de alguna forma contribuyendo a su politización. Fueron los empecinados un agrupamiento que expresó un lealismo exaltado y radical, y cuyo accionar comenzó a ser mencionado en diversas fuentes a partir de los últimos meses de 1810. Entre las acciones que desarrollaron se destacaron la delación y denuncia de figuras afines a la junta bonaerense, la colocación de pasquines y la presión sobre las autoridades. Practicaron una suerte de “terror blanco”, basado en las amenazas y el uso de la violencia que fue tolerado e incentivado desde las autoridades, pero que desbordó el tejido social y adquirió por momentos cauces propios.

El sacerdote Bartolomé Muñoz, partidario del reconocimiento a la Junta de Buenos Aires, llevó un detallado diario de los hechos al que hemos referido antes. Su posición era crítica respecto a las principales figuras de gobierno y en especial sobre el marino Diego Ponce de León que se desempeñaba como Sargento Mayor y que era reconocido como uno de los líderes de este agrupamiento. Ponce, a quien consideraba “intrigante más que nadie” y “el más sagaz de todos”, se habría hecho “demagogo de una terrible facción que se nominó de los Empecinados”, compuesta

“de gente baja y rica, pulperos patrones, almaceneros, cafeteros” muchos de los cuales habían sido marinos. Según Muñoz, Ponce los “embelesaba” diciéndoles que contaba “con ellos para el sostén del trono del adorado desgraciado Fernando 7º” y los “enloquecía” diciéndoles que eran “los verdaderos españoles”. Destacaba el autor otros incentivos como el “grano a mano de su mucho dinero, buenos vinos [y] muchos dependientes”, además de “jamones, vinos y ricos pescados” que facilitaban “las empresas de músicas, hachas, merendonas y alborotos” con que éstos “llevaba[n] la voz del Pueblo para poder ahorcar, desterrar, o encerrar a cualquiera”³⁶. Como puede apreciarse, la adhesión se lograba a partir de gratificaciones simbólicas (ser los “verdaderos españoles”) y materiales, y se sustentaba en relaciones jerárquicas preexistentes.

Durante el sitio de 1811 los episodios de violencia se incrementaron. Los empecinados proporcionaron nombres de sospechosos y acompañaron con actos de hostilidad la salida de diversas figuras expulsadas de la ciudad por ser consideradas insurgentes. La expulsión violenta del enemigo y sus familias representaba la exclusión física y simbólica de la comunidad y denotaba la creciente violencia política imperante. La figura del “insurgente” parece haber condensado significados múltiples, algunos claramente políticos, pero también elementos culturales y sociales, en la medida que la mayoría de los expulsados integraban la élite de la ciudad. Insultarlos, arrojar objetos mientras eran sacados de la ciudad y tomar los bienes que dejaban eran algunas de las “revanchas” sociales que permitía un tiempo de incertidumbres. Se abrían además espacios para una suerte de justicia punitiva popular, donde las clases populares sentían que podían ser parte tanto de la fase de denuncia, de juicio (donde su presencia hostil aseguraba la imposición de un castigo y evitaba contemplaciones) y de aplicación de justicia. Este último proceso era acompañado con muestras de la violencia popular ya referida.

En el transcurso del segundo sitio a la ciudad los empecinados alcanzaron su momento de mayor influencia política utilizando algunas de las modalidades descritas e incorporando otras nuevas. Aparecen aquí como los “ultras” de la contrarrevolución; radicales enemigos del cambio por sus posiciones políticas, pero disruptivos del orden establecido por su forma de actuar. Fueron para algunos sectores de las élites el temible resultado de una sociedad militarizada y politizada en donde las distancias sociales parecían erosionarse.

La hipótesis de un desborde popular que se hiciera incontrolable horrorizó a los grupos de notables, más allá de las coincidencias políticas más generales. La plebe politizada y exaltada se sintió legitimada para impugnar a las autoridades, indicando a las mismas lo que podían y lo que no podían hacer. El 1º de junio de 1814, mientras se negociaba un alto al fuego con los sitiadores, una movilización masiva recorrió las calles centrales de la ciudad y el recinto. Francisco Acuña de Figueroa, uno de los notables montevidianos del bando leal, describe en su diario el episodio destacando los gritos de “guerra” que partían de la multitud; refiere al “entusiasmo” y el “furor” de parte de los congregados y daba una referencia interesante sobre las características de esta suerte de manifestación a favor de la continuidad de la guerra. No se trataba de un recorrido ordenado por las calles sino, por el contrario,

³⁶ MUÑOZ, Bartolomé. Diario... Op. cit., p. 221.

de un andar bastante caótico. Las dos mil personas “divaga[ban]” por las calles, lo que las hacía mucho más temibles³⁷. El 19 de junio fue otro día marcado por las movilizaciones en la ciudad. Al salir del cabildo, los participantes de una junta mixta que discutía las condiciones de un eventual armisticio, debieron tolerar la presencia de los grupos plebeyos y los cuerpos de milicias urbanas que se manifestaban alzando gritos de guerra y acusando de traición a los presentes³⁸.

El 20 de junio de 1814 se produjo un motín miliciano que procuró evitar la rendición de la ciudad y fue contenido por las tropas regulares³⁹. Al día siguiente se produjeron saqueos en la ciudad, generando que muchos comercios cerraran sus puertas. De alguna forma, aun en la miseria del sitio, las clases populares montevideanas vivieron un proceso de incremento de poder que fue tan temido, por su carácter desafiante del orden, como el que se gestaba en el bando revolucionario. La experiencia del “partido” empecinado, resulta por tanto sugerente en esta vía de construcción de una identidad política popular en clave contrarrevolucionaria.

3.3. El mundo del rumor

Un aspecto que debemos tener en cuenta al pensar la politización del mundo popular está relacionado con las modalidades de circulación de la información y cómo su dinámica influyó en las diversas formas de movilización. François-Xavier Guerra caracterizó el flujo de noticias en la primera década del siglo XIX como lento, aleatorio, discontinuo e incierto⁴⁰. Las noticias llegaban al ritmo de los barcos que arribaban y luego se interrumpían, dejando un espacio amplio para su reconstrucción y su uso político. En ese marco la circulación de rumores cumplió un papel fundamental y los sectores plebeyos fueron partícipes activos en estos procesos. La historiografía tradicional ha dejado constancia de su importancia, pero los ha pensado desde una lógica unidireccional: son las élites las que los hacen circular y los grupos populares aparecen como receptores y agentes reactivos. Sin embargo, estos no sólo los recibieron, también los propagaron y los tiñeron de sus preocupaciones y valores. Como señalan Arlette Farge y Jacques Revel, los rumores traducían y “crea[ba]n convicciones socialmente compartidas”, lo que otorga a las clases populares un papel más activo del que se creía anteriormente⁴¹. Digamos incluso más, el mundo de los rumores, las informaciones denigratorias y los “corrillos” eran en sí un espacio de opinión pública. Claramente no en el sentido habermasiano de una esfera racional en la que participan individuos ilustrados que discutirían y alcanzarían consensos, sino en el que propone Robert Darnton cuando refiere a voces múltiples que se superponen y arremolinan por las calles, estallan en

³⁷ ACUÑA DE FIGEUROA, Francisco. *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14*. Tomo II. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1978, p. 304.

³⁸ ACUÑA DE FIGEUROA, Francisco. *Diario histórico...* Op. cit., p. 343.

³⁹ Sobre este episodio véase FERREIRA, Pablo. La rendición de Montevideo y el motín de la Matriz en junio de 1814. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: élites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC, 2018, pp. 45-75.

⁴⁰ GUERRA, François Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Mapfre, 1992, p.128.

⁴¹ FARGE, Arlette y REVEL, Jacques. *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París. 1750*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 1998, p. 111.

sitios claves y se constituyen en una fuerza capaz de enfrentar al poder⁴².

Algunos ejemplos pueden ser ilustrativos de lo anterior para el caso montevideano. En julio de 1806 los rumores de que se suspendía la expedición de reconquista de Buenos Aires generaron una fuerte activación popular que terminó en violentas protestas en las calles. En enero de 1807, la circulación de noticias referentes a que se podía estar acordando con los ingleses la rendición de la ciudad, generó amenazas y temores. En julio de ese año una nueva ola de rumores indicaba que los ingleses, tras abandonar la ciudad como lo tenían pactado, pensaban retomarla por sorpresa. La importancia otorgada a la capacidad desestabilizadora de estas informaciones puede apreciarse en el hecho de que el gobierno ofreció una recompensa para quienes capturaran al que “con inicuas falsedades” alterara la “quietud pública”, señalando que la circulación de éstas era un crimen que debía “punirse vigorosamente”⁴³.

Los rumores fueron un mecanismo para desprestigiar a diversas notabilidades locales. Una visión tradicional los atribuye al accionar de otros grupos elitistas que creaban información falsa para vilipendiar a las figuras rivales. Otra mirada posible es aquella que procura apreciar por qué determinados sujetos podrían ser víctimas propiciatorias de este tipo de noticias. Es decir, qué atributos comunes podrían tener ciertos personajes para ser la “comidilla” de las conversaciones y rumores. Veamos a continuación algunos ejemplos que pueden ser ilustrativos.

Entre los meses de julio y agosto de 1810 circularon rumores contra Miguel De Cabra, comandante del Resguardo de Aduanas de Buenos Aires que se había trasladado a Montevideo por orden del virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, acusado de “manejo infiel de la Real Hacienda”. Según un oficio del gobernador militar Joaquín de Soria dirigido al Secretario de Estado y Despacho Universal de Hacienda del Consejo de Regencia, Cabra no había generado confianza en las anteriores autoridades de Montevideo y circulaban rumores contra su persona. Cabra había sido partícipe de los hechos de Montevideo en 1808 y había declarado contra la junta y el gobernador Elío en el expediente levantado por la Real Audiencia. Luego había sido expulsado de Buenos Aires por los hechos referidos y en Montevideo se lo vinculaba a José Antonio Elías, asesor de gobierno, a quien se consideraba también una “persona de malísima opinión por su codicia”⁴⁴. Al mismo tiempo, circulaban informaciones que vinculaban a Cabra con el “carlotismo”. Finalmente, a mediados de 1810 llegó un nuevo funcionario y a Cabra lo asignaron a su anterior empleo en Buenos Aires, el que no podía ejercer por el inicio de la revolución. Quedó en la ciudad hasta 1811, cuando escapó a Río de Janeiro tras el reclamo realizado por el virrey Elío de que devolviera dinero que supuestamente se había apropiado. En febrero de 1811 su esposa declaró en un expediente judicial que su

⁴² DARNTON, Robert. *El diablo en el agua bendita o el arte de la calumnia de Luis XIV a Napoleón*. México: FCE, 2008, p. 109.

⁴³ Borrador de un documento del Cabildo de Montevideo del 29 de julio de 1807. AGN- AGA, caja 315, f. 32.

⁴⁴ Las citas corresponden a: Borrador de oficio del Gobernador [militar] de Montevideo Don Joaquín de Soria al Secretario de Estado y Despacho Universal de Hacienda. Montevideo 15 de agosto de 1810. AGN- AGA, caja, 334, carpeta 1, f. 37. La declaración de Cabra en el expediente de la Real Audiencia en PIVEL DEVOTO, Juan E. *La junta montevideana...* Op. cit., pp. 559 y ss.

marido se había ido por los “rumores que se expandieron en el pueblo” y temiendo “mas fatal resultado”⁴⁵.

En la difícil coyuntura de 1814 circularon rumores que desacreditaban a otro funcionario, Antonio Garfias, asesor del capitán general Gaspar de Vigodet. Garfias era natural de Chile y se había convertido en una figura clave de la esfera de gobierno de la ciudad. En la medida en que se estrechaba el sitio y se discutía en diversos ámbitos las alternativas relativas a la defensa de la ciudad, comenzaron a circular rumores de que Garfias pasaba información al enemigo. Se decía que a partir del “uso de botellas vacías y tapadas con lacre, y escritos dentro, que se echaban en la bahía, en vientos pamperos”, hacía llegar información a los sitiadores⁴⁶. Estos rumores se extendieron a fines de abril de 1814, momento culminante en las disputas entre los mandos de las tropas veteranas, las milicias, la marina, los cabildantes y el capitán general respecto a la estrategia a seguir frente al inminente bloqueo naval de Montevideo. En ese contexto, y en lo que parecía un ataque a la autoridad de Vigodet, el Cabildo recibió una representación de los síndicos procuradores expresando que:

“el grito general que de pocos días a esta parte se ha ido acrecentando contra la persona del Señor Don Antonio Garfias, exige en el estado actual del pueblo que puesto de acuerdo el ayuntamiento con el Señor Capitán General de estas provincias, para no quebrantar la armonía que se ha guardado, se adopten providencias para alejar de esta generosa y fiel ciudad los efectos de cualquier movimiento popular, en que podría padecer el mismo Garfias a manos de los acalorados”⁴⁷.

Pocos días antes, Antonio Garfias había publicado en la “Gaceta de Montevideo” un “Artículo comunicado” donde reconocía los “rumores que corr[ían]” contra “su modo de pensar y manejar en el desempeño de los destinos que tuvo a bien confiar[le] el Sr. Capitán General”⁴⁸. Finalmente, el 6 de mayo el Cabildo elevó un oficio a Vigodet solicitando el “extrañamiento” de Garfias a fin de evitar una “conmoción popular”, lo que finalmente no se produjo⁴⁹.

Los dos casos poseen algunos elementos comunes. En primer lugar, hay una cierta coincidencia en algunos puntos que hacen a los personajes: son funcionarios, lo que les permitiría acumular poder y riqueza a partir del vínculo con el estado. El funcionario codicioso, que usaba la política como vía de acceso al poder y al bienestar material parece haber sido especialmente odioso para distintos sectores de la sociedad y propenso a ser víctima de la circulación de rumores. Asimismo, los

⁴⁵ Miguel de Cabra reclama contra embargo de sus bienes. 1811. AGN, Escribanía de Gobierno y Hacienda, caja 104, expediente 175.

⁴⁶ ALONSO CRIADO, Matías. Memorias de Don José Batlle y Carrió. *Revista Histórica*. 1916, t. VIII, pp. 56-57.

⁴⁷ Acta del Cabildo de Montevideo del 29 de abril de 1814. En *RAGA* N° 12. Montevideo: 1934, pp.141-144.

⁴⁸ Artículo-Comunicado de Antonio Garfias dirigido al Sr. Editor, firmado el 21 de abril de 1814. En *Gaceta de Montevideo*, 26 de abril de 1814.

⁴⁹ Borrador de un Oficio del Cabildo de Montevideo al Capitán General Vigodet solicitando el extrañamiento de D. Antonio Garfias a fin de evitar una conmoción popular. AGN-AGA, caja 434, carpeta N° 1, s/f.

dos ocupaban espacios de poder y decisión; por ende, eran pasibles de ser sospechados de traicionar (a la ciudad, a la corona) en situaciones de guerra más o menos abierta. Si bien no podemos saber si los rumores tenían base de verdad, claramente eran verosímiles. La traición fue la contracara de la lealtad; operó como un antivallor en una cultura política que, como se ha visto, no se pensaba bajo formatos plurales. De alguna manera los rumores, en tanto apelaban a valores comunes, se propagaban entre los distintos grupos sociales. Podían surgir como parte de disputas elitistas, pero los grupos plebeyos tendían a incorporarlos y dotarlos de sus valores e ideas.

Finalmente, en los dos casos apareció la amenaza más o menos velada de que se desatara la violencia contra las figuras que eran víctimas del rumor político. Se temía que el pueblo, llevado al extremo por estos rumores, ejerciera una suerte de justicia punitiva contra los funcionarios que traicionaban o se enriquecían. Llegados a ese punto, fueron generalmente las élites las que buscaron mecanismos para desactivar tal posibilidad.

En ciertos casos la violencia sí estalló a partir de los rumores. En octubre de 1812 la circulación de informaciones falsas que indicaban que los sitiadores avanzaban sobre la plaza culminó con el asesinato del granadero Manuel Félix. Según los testigos, mientras la gente corría a las armas y gritaba “viva España”, alguien contestó “Viva la Patria, carajo de mierda”, apareciendo luego Félix asesinado. Entre los testigos que declararon en un expediente judicial que se levantó tras los hechos, nadie sabía quién lo mató, ni de dónde había surgido el aviso de un avance de los sitiadores⁵⁰. En ambos casos, los valores de honor y masculinidad de la cultura plebeya, sumados al miedo, teñían la construcción de las noticias y las reacciones posteriores⁵¹.

El rumor generaba efectos peligrosos cuando se combinaba con situaciones de penuria extrema. Durante el segundo sitio a la ciudad circularon insistentemente rumores contra “regatones” o “revendedores”, es decir aquellos comerciantes que acumulaban mercancía y luego la revendían en pequeña escala con pingües ganancias. En marzo de 1813 el capitán general sancionó, basado en noticias que circulaban entre la población, a un capitán de fragata que se sospechaba acaparaba galleta y luego la revendía. El cuerpo capitular pidió “castigar su osada desobediencia y hacerle ver que los regatones o revendedores merecen ser tratados con los mayores desprecios y rigores impuestos por las leyes”⁵². En julio de ese año circularon rumores sobre pulperos y almaceneros que “prevalidos de la ocasión que se les presenta[ba] para alimentar su desmedida ambición y codicia”, se negaban a vender leña al menudeo a menos que los vecinos compraran en sus casas otros productos. Se proponían por parte del Cabildo “castigos ejemplares” a quienes persistieran en esas prácticas⁵³. Durante los meses finales del segundo sitio se

⁵⁰ El expediente se encuentra transcrito en CNAA. *Archivo Artigas*, t. VII, Op. cit. pp. 55-61.

⁵¹ Sobre el hecho véase también ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco. *Diario Histórico...* Op. cit., T.I., p. 32.

⁵² Acuerdos del Cabildo de Montevideo del 18 de marzo de 1813. *RAGA* N° 11, Montevideo: 1922, p. 35.

⁵³ Acuerdos del 9 de julio de 1813. En *RAGA*, N° 11, Op. cit., pp. 101-103.

propagaron informaciones que referían al mal uso de los alimentos disponibles, a la especulación por algunos comerciantes o a la venta de éstos al enemigo. En marzo de 1814 un sacerdote, José Gómez, pidió autorización al Cabildo para extraer carne salada de la ciudad. El cuerpo capitular valoraba positivamente la solicitud, pero señalaba que otorgar tal autorización sería exponerse a la “crítica” de “las lenguas mordaces que prorrumpirían en dicerios contra la indicada concesión”⁵⁴. En mayo del mismo año se volvieron a consignar rumores contra almaceneros, pulperos y encargados de casas de abasto público que subían los precios “prevalidos del bloqueo”. El Cabildo llamaba a reflexionar sobre “la necesidad imperiosa de contener la desmedida ambición y codicia de los tales individuos” y decidía fijar avisos donde indicaba que quien contraviniera tal disposición “sería irremisiblemente multado y castigado”⁵⁵. En todos estos episodios parecen combinarse y alimentarse los temores vinculados al desabastecimiento y el hambre, las formas de circulación y construcción de la información, con la tradición de la protesta o motines por subsistencias.

En síntesis, acercarnos a la experiencia del rumor invita a borrar los límites entre modernidad y tradición en las culturas políticas. Permite mostrar los múltiples hilos que unían lo viejo y lo nuevo, así como la política plebeya y la de las élites. Nadie manipulaba desde arriba y nadie recibía y creía desde abajo de forma acrítica. Lo que hubo fue un proceso complejo y bidireccional de construcción y validación de la información, de su uso y sus sentidos políticos.

4. Las miradas sobre las clases populares: una aproximación a las lecturas de la historiografía uruguaya

La historiografía uruguaya de cuño nacionalista-tradicionalista fue tributaria de una concepción romántica del pueblo, al que asumió como una unidad y lo consideró guiado por un sentimiento nacional preexistente. Los trabajos más representativos de esta corriente fueron escritos mientras el estado uruguayo se afirmaba y sus elencos dirigentes intentaban construir un conjunto de relatos que fundaran la identidad nacional uruguaya, entre dos extensas unidades políticas como son el Brasil y la Argentina.

Las rivalidades comerciales surgidas a fines de la colonia entre las ciudades portuarias de Montevideo y Buenos Aires (que en la práctica conformaban un complejo portuario conectado) fueron elevadas a la categoría de “lucha de puertos” y se las consideró prefiguradoras de la identidad nacional. Las invasiones inglesas, la instauración de la junta montevideana en 1808 enfrentada a la autoridad del virrey residente en Buenos Aires, así como los posicionamientos enfrentados entre Montevideo y Buenos Aires ante la instalación del Consejo de Regencia en 1810, fueron integrados como eslabones en la formación de la nacionalidad. Finalmente, las divergencias entre el artiguismo y los gobiernos revolucionarios surgidos en Buenos Aires, se incorporaron como momentos cruciales en ese proceso de diferenciación identitaria. Para ello fue necesario minimizar la importante adhesión

⁵⁴ Acuerdos del Cabildo de Montevideo del 22 de marzo de 1814. En *RAGA*, N° 12, Op. cit., pp. 81-86.

⁵⁵ Acuerdos del Cabildo de Montevideo del 3 de mayo de 1814. En *RAGA* N° 12, Op. cit., pp.149-152.

popular del grupo españolista, así como el proyecto político confederal del “partido” oriental y la adhesión que obtuvo en las provincias del litoral platense, que actualmente integran la Argentina.

Francisco Bauzá (1849-1899), considerado el fundador de la historiografía científica en el Uruguay, elaboró en las últimas décadas del siglo XIX una monumental “Historia de la Dominación Española en el Uruguay” en tres grandes tomos, en la que reconstruyó la formación de la nacionalidad uruguaya a partir de los sucesos generados en la etapa colonial. Señalaba Bauzá, en una polémica periodística sobre la fecha de la independencia del Uruguay, sostenida en 1894:

“La República del Uruguay es independiente, por el esfuerzo de sus hijos y contra la voluntad de sus dominadores intrusos. [Las batallas de] San José y Las Piedras demostraron que no queríamos ser españoles; Guayabos y Cagancha que no queríamos ser argentinos; Haedo y Sarandí que no queríamos ser brasileños. Las combinaciones diplomáticas y aún las vistas particulares de propios y extraños, se estrellaron durante todo el largo período de la lucha por la independencia, contra estas determinaciones aisladas de la voluntad nacional, triunfando por último el pueblo, que era quien había preparado, proseguido y alcanzado la conquista de su emancipación política”⁵⁶.

Por su parte, Pablo Blanco Acevedo (1880-1935), otro de los autores centrales de esta tradición nacionalista, explicaba la escisión entre Montevideo y Buenos Aires señalando que:

“La separación de las dos poblaciones es una consecuencia lógica de una continuidad y variedad de causas, principalmente económicas, que hacen irremediable la disgregación de la unidad colonial. Intereses opuestos, contradictorios, rivalidades, despotismos y rebeldías tenaces, ausencia de estadistas que comprendieran y resolvieran el problema planteado, produjeron fatalmente, primero, las desinteligencias y después la separación ulterior”⁵⁷.

Eduardo Acevedo (1857-1948), finalmente, completa la trilogía de los autores fundantes en esta tradición. Su posicionamiento en materia política lo alejó de las “clases conservadoras” y su visión esencialista de la nación, integrando los gobiernos reformistas liderados por José Batlle y Ordoñez. Sin embargo, en materia historiográfica, abrevó en la tradición antes expuesta⁵⁸. En su obra más importante, *Anales Históricos del Uruguay*, la participación popular en Montevideo aparece referida, pero en una visión plana del universo popular, en la que no se esbozan clases o conflictos. Por ejemplo, en referencia a la expulsión de la ciudad del virrey Rafael de Sobremonte en 1807 señala:

“el pueblo uruguayo, que ya había desconocido su autoridad en la víspera de la reconquista, volvió a desconocerla ahora. Pidió a gritos que el virrey se fuera. Y tanto se caldeó el ambiente, que el Cabildo tuvo que comisionar a varios de sus

⁵⁶ BAUZÁ, Francisco. La independencia del Uruguay. En: PIVEL DEVOTO, Juan E. *La independencia nacional*. Tomo I. Montevideo, 1975, p. 6.

⁵⁷ BLANCO ACEVEDO, Pablo. *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*. Tomo II. Montevideo, 1975, p. 195.

⁵⁸ RILLA, José. La actualidad del pasado... Op. cit., pp. 152-178.

miembros para manifestar a Sobremonte que en el estado de ánimo del vecindario era imposible contener la agitación pública de otro modo que con su inmediata retirada de la ciudad”⁵⁹.

Como vemos, la idea de pueblo en el párrafo citado remite al conjunto de una nación en ciernes, dando a entender cierto tinte plebeyo, pero no remitiendo a un componente vinculado a grupos sociales específicos.

En etapas más recientes, el historiador Juan E. Pivel Devoto (1910-1997), en una obra elaborada en momentos en que se celebraban los 150 años de las leyes fundamentales declaradas el 25 de agosto de 1825, que incluían la independencia del Brasil y la unión a las Provincias Unidas del Río de la Plata, reafirmaba algunos de estos planteos. En la vasta obra de Pivel Devoto, la independencia del Uruguay surge como el resultado de condicionamientos geográficos e históricos que tenían una raíz colonial. Señalaba el autor:

“La nacionalidad uruguaya está prefigurada desde los orígenes de nuestra formación social (...) Esta unidad territorial, de la Capitanía, Gobernación o Provincia, que prefiguraba la nación, la buscaron tanto Montevideo como Artigas, por distintos caminos y bajo signos opuestos. La unidad sobre la cual habría de consolidarse el espíritu y sentimiento nacional se logró y se quebró ya bajo la influencia del caudillo con el respaldo del pueblo, ya bajo la influencia de los dirigentes de Montevideo (...) Desde entonces el antiguo anhelo por la unidad política y administrativa de la región, fue sustentado a través de todo el periodo revolucionario, ya al mismo tiempo, por dos fuerzas antagónicas, cada una de las cuales bregó por alcanzarla, pero bajo el opuesto signo político que una y otra representaban; la ciudad y su puerto con la clase culta dirigente; la campaña con el caudillo de las masas populares”⁶⁰.

El párrafo citado reafirma esta idea de la nacionalidad prefigurada, que se alcanza a través de sus dos vertientes, la urbana y la rural, que serían, en síntesis: el Montevideo “leal” y la campaña oriental-artiguista. Por otro lado, también es sugerente el silencio que del autor respecto a las clases populares montevidéanas. El sujeto político que importa en la ciudad, a juicio de Pivel, es la “clase culta dirigente”, ubicando a las “masas populares” únicamente en el frente revolucionario.

Esta historiografía de cuño nacionalista, ampliamente difundida a partir de la historia enseñada en el sistema educativo en el siglo XX, tuvo una fuerte invocación a lo “popular”, pero aplanando sus aristas conflictivas en un relato unificador que tenía por horizonte la formación de la nación. La revolución y las guerras de independencia eran expresiones de violencia legítima porque estaban guiadas por sentimientos patrióticos y fueron populares en la medida que expresaron sentimientos e identidades preexistentes. Pese a lo anterior, en algunos de estos trabajos se deslizaban visiones despectivas sobre las clases populares, ligados a procesos sociales y políticos contemporáneos a la historiografía aludida, en especial a la discusión sobre las formas de afrontar la llamada “cuestión social”.

⁵⁹ ACEVEDO, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. Tomo I. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1933, p. 46

⁶⁰ PIVEL DEVOTO, Juan E. *La independencia nacional*. T. I. Montevideo, 1975, p. 7.

En la década de los sesenta del siglo XX, mientras se conmemoraba el sesquicentenario de los principales hitos del ciclo revolucionario, y en el marco de intensos procesos de cambio político y movilización social, diversos trabajos, entre los que se destacan los del equipo integrado por Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre contribuyeron a la renovación de los enfoques sobre la revolución artiguista, centrándose en el problema de la tierra y el radicalismo agrario⁶¹. Brindaron estos autores también un panorama general de las “clases, estamentos y capas sociales” no privilegiadas, donde interesa especialmente la descripción de los artesanos y los trabajadores libres y esclavizados de la ciudad. Estos trabajos abrieron cauces para un tipo de análisis político impregnado de lo social, mostrando los variados enfrentamientos y conflictos a partir de un análisis vasto de fuentes. Sin embargo, estos trabajos siguieron ubicando el accionar político popular únicamente en el bando revolucionario, dejando a Montevideo como un baluarte elitista y contrarrevolucionario. Así describían Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre la composición social de Montevideo en 1815:

“Aquel pueblo de catalanes y gallegos, emigrados de la metrópoli católica para ordeñar la vaca americana, conocedores de paños, catadores de caldos, prolijos asentadores de consignaciones, honrados levantadores de letras, hombres acostumbrados a perseguir al comprador en las Filipinas y armar un barco para las Mauricio (...) briosos capitanes de milicia en los feriados al sol, conscriptos aceptables a pesar de sus barriguitas, jugadores a la brisca en tertulias los viernes, paseantes encerrados en el Recinto, súbditos fieles y amantísimos de aquella monarquía que los había elevado socialmente y protegido con el cinturón de castidad del monopolio, respetuosos del Santo Oficio a pesar de la notoria calidad de cristianos nuevos que denunciaban muchos de sus apellidos, aquellos comerciantes católicos, burgueses y españoles estaban anonadados. La revolución era ya el Apocalipsis”⁶².

En el caso de la historiografía revisionista, la visión dicotómica se encuentra más marcada aún. Junto a Artigas y las fuerzas revolucionarias se agrupa el “pueblo”, suma de gauchos, ocupantes ilegítimos en la campaña, curas rebeldes y terratenientes enfrentados al monopolio. En Montevideo, al decir de uno de sus mejores exponentes como fue Carlos Machado, se “congregan las fuerzas enemigas”. Entre ellas distingue a armadores y fleteros, grandes comerciantes y doctores. No aparecen nuevamente referencias a las clases populares de la ciudad⁶³.

Tras la última dictadura vivida por el Uruguay (1973-1985) se retomaron algunos de estos enfoques⁶⁴. José Pedro Barrán propuso revisar el debate sobre la independencia nacional descartando unanimidades y poniendo el énfasis en el

⁶¹ SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio y DE LA TORRE, Nelson. *Estructura económico-social de la colonia*. Montevideo: EPU, 1967 y *Artigas y su revolución agraria...* Op. cit.

⁶² SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio y DE LA TORRE, Nelson. *Artigas y su revolución...* Op. cit., pp. 68-69.

⁶³ MACHADO, Carlos. *Historia de los orientales...* Op. cit., pp. 42-44.

⁶⁴ Hacemos referencia a la ruptura institucional generada a partir de un golpe de estado civil-militar acaecido en junio de 1973 y que se prolongó hasta el 1º de marzo de 1985.

“miedo” de las élites a la revolución social⁶⁵. Su enfoque abrió caminos nuevos en la historiografía uruguaya, incorporando la dimensión de los diversos proyectos políticos en pugna y los temores al accionar plebeyo de los grupos revolucionarios. Las investigaciones posteriores de la historiadora Ana Frega generaron aportes para un conocimiento más profundo de los nuevos sujetos soberanos en el Río de la Plata, la conformación de nuevas identidades y la resignificación del vocabulario político en el contexto de las luchas por la independencia en el Río de la Plata. Sus trabajos insertaron estos temas en un marco regional, indagando sobre los conflictos sociales y revisando de forma crítica los relatos de la historiografía nacionalista-tradicionalista. Si bien su eje ha estado ubicado de modo prioritario en el campo revolucionario, en diversos trabajos se ha aproximado a la política urbana y ha prestado especial interés a las formas de participación política popular, en especial respecto a los grupos de origen africano⁶⁶. A juicio de Ana Frega en una “coyuntura de crisis de autoridad y debilitamiento de los mecanismos de control metropolitanos, la trama de relaciones entre los grupos dirigentes y los sectores populares, ya de por sí compleja y conflictiva, se vio afectada”⁶⁷. Otros trabajos recientes, como el muy documentado estudio de la historiadora Ana Ribeiro, que ha avanzado considerablemente en el conocimiento del Montevideo “leal”, han priorizado una mirada enfocada en las ideas y las prácticas de los grupos de notables de la ciudad, sin atender de manera específica a las clases populares⁶⁸.

Haciendo un balance preliminar podemos señalar que la historiografía uruguaya ha prestado especial atención a la adhesión entre las clases populares que la vertiente revolucionaria radical -cuya expresión fue el artiguismo- logró en los pueblos y en la campaña oriental. Hoy sabemos que los “infelices”, término con que el discurso artiguista denominó a los diversos componentes de las clases populares, no solo apoyaron de forma entusiasta la propuesta federal, sino que supieron impulsarla y radicalizarla. Mucho menos, por el contrario, es lo que conocemos sobre las clases populares en Montevideo y las dinámicas de su participación política. Pensamos que sigue faltando una aproximación “desde abajo”, a “pie de calle”, sobre estas dinámicas de la participación política popular⁶⁹.

⁶⁵ BARRÁN, José Pedro. La independencia y el miedo a la revolución social. *Revista de la Biblioteca Nacional*. 1986, n. 24, pp. 65-77.

⁶⁶ FREGA, Ana. La virtud y el poder. La soberanía particular de los pueblos en el proyecto artiguista. En: GOLDMAN, Noemí y SALVATORE, Ricardo (eds.). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 1998, pp. 101-133; *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista...* Op. cit.; La Junta de Montevideo de 1808... Op. cit.; Revolución y contrarrevolución en Montevideo en 1810: el frustrado motín de la guarnición militar. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: elites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC-Udelar, 2018, pp. 17-42.

⁶⁷ FREGA, Ana. Revolución y contrarrevolución... Op. cit., p. 18.

⁶⁸ AGUERRE, Fernando. *Los últimos españoles. Autonomía y lealtad a la Corona en el Montevideo insurgente (1802-1815)*. Montevideo: Linardi y Risso, 2011; RIBEIRO, Ana. *Los muy fieles. Leales a la Corona en el proceso revolucionario rioplatense. Montevideo/Asunción, 1810-1820*. Montevideo: Planeta, 2013. 2 tomos.

⁶⁹ En algunos trabajos hemos avanzado en esta línea analítica. Véase específicamente FERREIRA, Pablo. Tumultos, motines y conspiraciones. Una aproximación a la política en armas en Montevideo entre fines del orden colonial y la invasión lusitana. *Claves Revista de Historia*. 2020, vol. 6, n. 11, pp. 41-74. Disponible en <<https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/claves/article/view/791>>; Los lugares de la política plebeya en Montevideo, 1806-1817. En: BARRAGÁN, Rossana (coord. y comp.). *Trabajo y Trabajadores en América Latina (Siglos XVI-XXI)*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional;

Sin pretensiones de agotar la temática resulta pertinente plantear algunos temas y problemas aún no abordados por la historiografía y que consideramos darían más densidad a los estudios sobre la politización de las clases populares montevidéanas, al tiempo que enriquecerían las diversas memorias sobre el período⁷⁰.

En primer lugar, consideramos necesaria una exploración más profunda sobre los espacios y las formas específicas que encontraron las clases populares para participar en la vida política en el marco de la revolución, las guerras de independencia y las primeras décadas del Estado Oriental. ¿Cuáles fueron los canales utilizados para incidir en la toma de decisiones? ¿Cómo lograron negociar sus intereses y necesidades o cómo pudieron participar en disputas, que a priori, no las incorporaban directamente? Las clases populares no apelaron a una infinita variedad de posibilidades de acción colectiva sino a un repertorio conocido y que fue utilizado de modo pragmático. La colocación de pasquines, la lectura de papeles sobre las autoridades, la congregación y manifestación en espacios públicos, los tumultos y motines, las acciones de intimidación o la propagación de rumores, formaban parte de tradiciones de acción contestataria propias del Antiguo Régimen⁷¹. Ligaban a los protagonistas con experiencias de acción colectiva a veces muy lejanas, pero que, en tanto repertorios aprendidos, fueron utilizados en la coyuntura.

Vinculado a lo anterior es importante avanzar en el conocimiento de las dinámicas de circulación de la información al interior de las clases populares. Hoy sabemos mucho más respecto a cómo circulaban las noticias e ideas entre las élites letradas, también respecto a los artefactos a partir de los cuales la información se transmitía. Las noticias llegaban a las ciudades-puerto al ritmo de los barcos y luego se interrumpían, dejando un espacio amplio para la reconstrucción de las mismas y su uso político. En ese escenario la circulación de rumores cumplió un papel fundamental y los sectores plebeyos fueron partícipes activos en tales procesos. Digamos incluso más, el mundo de los rumores, las informaciones denigratorias y los “corrillos” eran en sí un espacio de opinión pública.

Finalmente, consideramos que otro aspecto importante que no ha sido suficientemente problematizado refiere al problema de los liderazgos y las mediaciones. Gabriel Di Meglio ha señalado que la historiografía actual elude la idea de manipulación -aunque muchas veces la sugiere- y tiende a converger en la

Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional y Centro de Investigaciones Sociales, 2019, pp.439-470; La rendición de Montevideo y el motín de la Matriz... Op. cit. y en La guerra de independencia española, los empecinados y el Montevideo leal... Op. cit.

⁷⁰ En este sentido hacemos propias las palabras del historiador uruguayo Carlos Demasi cuando advierte que “en la vida de las sociedades, la historia y la memoria son mecanismos estructurantes del pasado, así como la esperanza y la utopía le dan forma al futuro; el objetivo último de todas ellas es dotar de sentido al presente. La forma como se organizan los episodios del pasado, señalan un «camino» por donde se proyecta una visión de futuro, y así el «instante fugaz» del presente puede ser comprendido como una forma de transitar desde lo que ya fue a lo que esperamos que sea” (DEMASI, Carlos. *La lucha por el pasado...* Op. cit., p. 9).

⁷¹ Siguen resultando de utilidad los planteos de TILLY, Charles. Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834. En: TRAUGOTT, Mark (comp.). *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Editorial Hacer, 2002, pp. 17-48.

hipótesis de una “agenda popular bajo dirección de la élite”⁷². Por su parte, Álvaro Paris Martin ha resaltado, en su trabajo sobre el caso madrileño que los grupos subalternos no fueron “sencillamente movilizados” por las élites, sino que negociaron su participación. Divididos internamente actuaron con pragmatismo, aprovechando las circunstancias para defender intereses locales y de grupo. Un aspecto que surge al recorrer el período analizado es la presencia de algunas figuras que aparecen como claves para promover la movilización. Se trató de una convocatoria basada en relaciones jerárquicas preexistentes y donde los mediadores o “agitadores” -tomando el lenguaje de la época- tuvieron un papel relevante, siendo figuras clave en las disputas de poder al interior del bando leal ya que garantizaban un canal de comunicación entre los gobernantes y las clases populares.

5. Conclusiones

Las clases populares montevidéanas fueron heterogéneas desde lo étnico, lo ocupacional y en sus vínculos de paisanaje; si bien no explicitaron una agenda de intereses propia, sus acciones no debieran ser entendidas desde una lógica que suponga únicamente su manipulación por parte de los grupos dominantes. Leyeron el período, identificaron adversarios, generaron empatía y antipatía hacia diversos proyectos políticos y actuaron sobre la base de un repertorio de prácticas conocido y al mismo tiempo innovador.

Tumultos, circulación de rumores y acciones de hostigamiento fueron modalidades tradicionales de movilización que se utilizaron de forma pragmática. Las fronteras con la política de los grupos elitistas fueron porosas y los vasos comunicantes múltiples. Sin embargo, el conocimiento de la experiencia montevidéana permite discutir la idea de una participación popular generada a partir de la manipulación de los grupos de notables. De modo más específico, lo revisado tiende a fortalecer la idea de que estos procesos de participación se negociaron de forma pragmática en cada caso, permitiendo a las clases populares obtener beneficios materiales y simbólicos.

El artículo muestra cómo en la ciudad se constituyeron identidades políticas que tuvieron distintos niveles de arraigo entre los grupos plebeyos. Hasta 1814 es posible apreciar un proceso de politización contrarrevolucionario que puede explicarse en la peripecia vivida por la ciudad. Esta se politizó en torno a la defensa del orden vigente, representado en las ideas de “Dios, rey y patria” y en oposición a diversas fuerzas consideradas disruptivas del orden. Ingleses, franceses e “insurgentes” bonaerenses fueron vistos como expresiones diversas que amenazaban el mundo como tradicionalmente había sido y, en términos más concretos, a sus familias, sus vínculos y costumbres.

Justamente, esa adhesión de las clases populares urbanas a la causa leal, generó su invisibilidad en el relato historiográfico tradicionalista-nacionalista, de vasto impacto hasta etapas recientes en la historia enseñada en las aulas de educación primaria, secundaria y aún universitaria. Tal omisión se continuó en la historiografía posterior, tanto la de corte revisionista, como en los trabajos que

⁷² DI MEGLIO, Gabriel. La participación popular... Op. cit., p. 38.

procuraron interpretar el período desde un enfoque marxista. La producción más reciente ha comenzado a incorporar estos actores, pero aún en enfoques parciales y periféricos. A raíz de ese silencio de la historiografía se ha consolidado una memoria limitada sobre el período, que excluyó y excluye del relato a sujetos sociales importantes en la etapa de las guerras de independencia. De alguna forma, aquella máxima de que la historia de las naciones se forma a partir de recuerdos y olvidos, se aplica de modo cabal en el caso que aquí analizamos.

6. Bibliografía

ACUÑA DE FIGEUROA, Francisco. *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14*. Tomo II. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1978.

ACEVEDO, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. Tomo I. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1933.

AGUERRE, Fernando. *Los últimos españoles. Autonomía y lealtad a la Corona en el Montevideo insurgente (1802-1815)*. Montevideo: Linardi y Risso, 2011.

ALONSO CRIADO, Matías. Memorias de Don José Batlle y Carrió. *Revista Histórica*. 1916, t. VIII, pp. 42-68.

ARES PONS, Roberto. *Uruguay ¿provincia o nación?* Buenos Aires: Ediciones del Nuevo Mundo, 1967.

ÁVILA, Alfredo. Cuando se canonizó la rebelión. Conservadores y serviles en Nueva España. En: PANI, Erika (coord.) *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. Tomo I. México: FCE; Consejo Nacional para la cultura y las artes, 2009, pp. 43-85.

BARRÁN, José Pedro. La independencia y el miedo a la revolución social. *Revista de la Biblioteca Nacional*. 1986, n. 24, pp. 65-77.

BAUZÁ, Francisco. *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Tomo I. Montevideo: Palacio del Libro, 1929.

BAUZÁ, Francisco. La independencia del Uruguay. En: PIVEL DEVOTO, Juan E. *La independencia nacional*. Tomo I. Montevideo, 1975, pp. 3-42

BENTANCUR, Arturo. *El puerto colonial de Montevideo. Tomo 1: Guerras y apertura comercial. Tres lustros de crecimiento económico (1791-1806) y Tomo 2: Los años de la crisis (1807-1814)*. Montevideo: FHCE, 1997 y 1999.

BERAZA, Agustín. *El pueblo reunido y armado*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967.

BLANCO ACEVEDO, Pablo. *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*. Tomo II. Montevideo, 1975.

- CAMPOS DE GARABELLI, Marta. *La revolución oriental de 1822-1823. Su génesis*. Tomo II. Montevideo: Junta de Vecinos de Montevideo, 1978.
- [CNA] COMISIÓN NACIONAL ARCHIVO ARTIGAS. *Archivo Artigas*. Ts. VII y XIII. Montevideo, 1966 y 1975.
- CUADRO, Inés. La población montevideana en números según los padrones de 1819 y 1823: un ejercicio de aproximación. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: élites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC, 2018, pp. 127-136.
- DARNTON, Robert. *El diablo en el agua bendita o el arte de la calumnia de Luis XIV a Napoleón*. México: FCE, 2008.
- DEMASI, Carlos. *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay (1920-1930)*. Montevideo: Trilce, 2004.
- DI MEGLIO, Gabriel. *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1829)*. Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- DI MEGLIO, Gabriel. La participación popular en las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1816. Un ensayo sobre sus rasgos y causas. En: SANTILLI, Daniel; GELMAN, Jorge y FRADKIN, Raúl (comps.). *Rebeldes con causa. Conflicto y movilización popular en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo, 2013, pp.19-54.
- ECHEVERRI, Marcela. *Esclavos e indígenas realistas en la Era de la Revolución. Reforma, revolución y realismo en los Andes septentrionales, 1780-1825*. Bogotá: Universidad de los Andes; Ediciones Uniandes; Banco de la República de Colombia, 2018.
- ESPECHE, Ximena. *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*. Buenos Aires: UNQ, 2016.
- FARGE, Arlette y REVEL, Jacques. *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París. 1750*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 1998.
- FERREIRA, Pablo. La guerra de independencia española, los empecinados y el Montevideo leal, 1808-1814. *Pasado Abierto*. 2016, n. 4, pp. 41-60.
- FERREIRA, Pablo. La rendición de Montevideo y el motín de la Matriz en junio de 1814. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: élites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC, 2018, pp. 45-75.
- FERREIRA, Pablo. Los lugares de la política plebeya en Montevideo, 1806-1817. En: BARRAGÁN, Rossana (coord. y comp.). *Trabajo y Trabajadores en América Latina (Siglos XVI-XXI)*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional; Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional y Centro de Investigaciones

Sociales, 2019, pp.439-470.

FERREIRA, Pablo. Tumultos, motines y conspiraciones. Una aproximación a la política en armas en Montevideo entre fines del orden colonial y la invasión lusitana. *Claves Revista de Historia*. 2020, vol. 6, n. 11, pp. 41–74. Disponible en <<https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/claves/article/view/791>>.

FRADKIN, Raúl. Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): un ejercicio de exploración. En: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, pp. 27-65

FREGA, Ana. La virtud y el poder. La soberanía particular de los pueblos en el proyecto artiguista. En: GOLDMAN, Noemí y SALVATORE, Ricardo (eds.). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 1998, pp. 101-133.

FREGA, Ana. *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2007.

FREGA, Ana. La Junta de Montevideo de 1808. En: CHUST, Manuel (coord.). *1808. La eclosión juntera en el mundo hispánico*. México: El Colegio de México; FCE, 2007, pp. 242-268.

FREGA, Ana. Los 'infelices' y el carácter popular de la revolución artiguista. En: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, pp. 51-176.

FREGA, Ana. Revolución y contrarrevolución en Montevideo en 1810: el frustrado motín de la guarnición militar. En: FREGA, Ana (coord.). *La vida política en Montevideo: elites y sectores populares en tiempos de revolución*. Montevideo: CSIC-Udelar, 2018, pp. 17-42.

GALLO, Klaus. *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2004.

GARCÍA, Flavio. Secuelas documentadas de la Junta Montevideana de 1808. *Boletín Histórico*. 1956, n. 70, pp. 41-67.

GONZÁLEZ DEMURO, Wilson. Iglesia y crisis monárquica en el Río de la Plata al finalizar la época colonial. Un caso: Montevideo y su cura vicario, Juan José Ortíz (1783-1815). *Anuarios de Estudios Americanos*. 2005, n. 62, pp. 161-180.

GONZÁLEZ DEMURO, Wilson. La participación política del clero rioplatense a fines del período colonial. El conflicto entre la Junta de Montevideo (1808-1809) y el párroco de la ciudad. *Fronteras de la Historia*. 2016, vol. 21, pp. 132-155.

- GUERRA, François Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Mapfre, 1992.
- HALPERIN DONGHI, Tulio. Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815. En: HALPERIN DONGHI, Tulio (coord.). *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana, 1978, pp. 121-158
- IZQUIERDO MARÍN, Jesús. La política como controversia: crisis constitucional y respuesta subalterna en los albores del liberalismo. En: CABRERA, Miguel y PRO, Juan (eds.). *La creación de las culturas políticas modernas. 1808-1833*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia; Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 251-270.
- JOHNSON, Lyman. *Los talleres de la revolución. La Buenos Aires plebeya y el mundo del Atlántico. 1776-1810*. Buenos Aires: Prometeo, 2013.
- LARRAÑAGA, Dámaso Antonio y GUERRA, José Raymundo. Apuntes históricos sobre el descubrimiento y población de la Banda Oriental del Río de la Plata y las ciudades de Montevideo, Maldonado, Colonia, etc. *Revista Histórica*. 1914, n. VII, pp. 81-108 y 532-557.
- LUIS, Jean Philippe. La construcción inacabada de una cultura política realista. En: CABRERA, Miguel y PRO, Juan (eds.). *La creación de las culturas políticas modernas. 1808-1833*. Madrid: Marcial Pons Ediciones; Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 319-346.
- LUZURIAGA, Juan Carlos. *La reconquista de Buenos Aires. El cenit de Montevideo colonial*. Montevideo: Planeta, 2017.
- MACHADO, Carlos. *Historia de los Orientales*. T. 1. Montevideo: EBO, 1984.
- MORAES, María Inés y THUL, Florencia. Salarios reales y niveles de bienestar en Montevideo Colonial, 1760-1810. En: *VI^{as} Jornadas Académicas Facultad de Ciencias Económicas y de Administración*. Montevideo: Universidad de la República, 2016.
- O' PHELAN, Scarlett. Abascal y el fantasma de las conspiraciones. En: O' PHELAN, Scarlett y LOMNÉ, Georges (coords.). *Abascal y la contraindependencia de América del Sur*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos; Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013, pp. 121-147.
- PARÍS MARTÍN, Álvaro. Los voluntarios realistas de Madrid. Politización popular y violencia contrarrevolucionaria (1823-1833). En: RÚJULA, Pedro y SOLANS, Ramón. *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios*. Granada: Comares, 2017, pp. 89-106.
- PÉREZ CASTELLANOS, José. *Selección de escritos, Crónicas Históricas 1787-1814*. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968.

- PÉREZ, Mariana. Un grupo caído en desgracia: los españoles europeos de Buenos Aires durante la Revolución de Mayo. *Entrepasados*. 2009, n. 35, pp. 109-127.
- PÉREZ CASTELLANOS, José. ¡Viva España y mueran los patricios! La Conspiración de Álzaga de 1812. *Americania, Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*. 2015, núm. especial, pp. 21-55.
- PIVEL DEVOTO, Juan E. (comp.). La Junta Montevideana de 1808. *Revista Histórica*. 1962, n. XXXIII, pp. 371-902.
- PIVEL DEVOTO, Juan E. *La independencia nacional*. T. I. Montevideo, 1975.
- POLLERO, Raquel. *Historia demográfica de Montevideo y su campaña (1757-1860)* [tesis de doctorado]. Montevideo: Universidad de la República, 2013.
- QUATROCHI-WOISSON, Diana. *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1995.
- [RAGA], ARCHIVO GENERAL de la NACIÓN. *Revista del Archivo General Administrativo o Colección de documentos para servir al estudio de la Historia de la República Oriental del Uruguay* (en adelante RAGA). Tomos 6, 9, 11 y 12. Montevideo: Imprenta Dornaleche Hnos., 1917, 1919, 1922 y 1934.
- REAL DE AZÚA, Carlos. *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca Editorial; Ediciones del Nuevo Mundo, 1991.
- REITANO, Emir. El umbral de la tempestad la facción realista en el Río de la Plata y su disolución después de 1810. *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo*. 2011, n. 11, pp. 39-65.
- REYES ABADIE, Washington; BRUSCHERA, Oscar y MELOGNO, Tabaré. *El ciclo artiguista*. Montevideo: Margarita Silberberg, 1972. 2 tomos.
- RIBEIRO, Ana. *Los muy fieles. Leales a la Corona en el proceso revolucionario rioplatense. Montevideo/Asunción, 1810-1820*. Montevideo: Planeta, 2013. 2 tomos.
- RILLA, José. *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate, 2008.
- RÚJULA, Pedro. Zaragoza (1808-1809). El mito de la resistencia popular. En: BUTRÓN, Gonzalo y RÚJULA, Pedro (eds.). *Los sitios en la Guerra de la independencia: la lucha en las ciudades*. Madrid: UCA; Silex, 2012, pp. 15-38.
- RÚJULA, Pedro. Las guerras civiles contrarrevolucionarias europeas en el siglo XIX. *Amnis* [en línea]. 2015, pp. 2-13. Disponible en <https://journals.openedition.org/amnis/2454>.

SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio y DE LA TORRE, Nelson. *Estructura económico-social de la colonia*. Montevideo: EPU, 1967.

SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio y DE LA TORRE, Nelson. *Artigas y su revolución agraria. 1811-1820*. México: Siglo XXI, 1987.

SERULNIKOV, Sergio. Crisis de una sociedad colonial, Identidades colectivas y representación política en la ciudad de Charcas (siglo XVIII). *Desarrollo Económico*. 2009, n. 148, pp. 439-469.

TILLY, Charles. Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834. En: TRAUGOTT, Mark (comp.). *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Editorial Hacer, 2002, pp. 17-48.